

solución inmediata, o que se pueden decidir sobre un plato de sopa está mas perdido que el hijo de Lindbergh. Yo no soy ningún filósofo, pero me precio de conocer bastante bien mi país. Perdóname por tu gente, Contesa, pero conozco bien la podredumbre de las clases superiores, las de abajo se conoce por el olor, pero la de arriba hay que tocarla porque de lo perfumada que está no se nota al comienzo que es mierda también. . . .

-No te preocupes, que yo tengo mi opinión sobre mi "clase". . . .

-Bueno, Varela, sigue, sigue. . . .

-En primer lugar, como decía al comienzo, nuestra famosa Nación no es mas que un territorio. Encima de eso confundimos al país con la ciudad capital. En materia de revolución, por ejemplo, nos olvidamos que salvo el episodio de enero, hasta 1930 todos los movimientos que llamamos revolucionarios han comenzado en el Interior; la capital ha sido siempre la meta final de nuestros revolucionarios. El Interior fue la cabeza de playa de los viejos liberales; mas atrás todavía, fue el foco de resistencia contra la Conquista y la Colonia. El indio de entonces ya no existe como grupo combativo. Ni siquiera se preocupa por su suerte, y sus dirigentes que bajan a la ciudad pronto pierden sus primitivas ambiciones en las luces de los traganfqueles (19). No es el alcohol sólo, ni las putas, porque tú sabes que las putas le huyen a nuestros machiguas (20), sino los traganfqueles con sus juegos de colores. Pero en esas mismas ciudades hay miles de semicholos que quieren ser conquistadores españoles y guerrilleros indios. Las tropas de Victoriano Lorenzo podrían ser indios cerriles, pero ya eran el comienzo de esa mezcla que hoy asoma la cabeza en las clases nocturnas de la Universidad. Claro que ahora las revoluciones no se hacen a punta de viejos ideales. Es mas, los muchachos que hoy se lanzan a la calle, mejor dicho, algunos de ellos, estan buscando un camino fácil hacia el triunfo. Esa es mi opinión la razón del fracaso de nuestros lidercillos. Muchos cortaron su cordón umbilical con la tierra interiorana; cambiaron los ideales de la esquina por la posibilidad de regresar al pueblo en un buen

carro. Parecerá cínico y cruel de mi parte decir esto, pero también me incluyo yo entre esa clase de panameños Bueno, lo que quiero decir es que no estoy pensando en los planes de Fragonall, sino en las cosas que veremos ocurrir en una intentona verdaderamente revolucionaria. Yo creo que hay zonas del Interior que jamás han pensado en una revolución porque les hablan de un cambio radical y cogen miedo. Te quedas sin público. Y al día siguiente nadie te invita porque ya alguien se ha encargado de acusarte de comunista. Sin embargo, el Interior es el que produce el 80 por ciento de lo que come la capital, y la plata que se queda en manos de los intermediarios de la ciudad la pierde es el productor interiorano. Digo estas cosas porque en cierto modo todo está vinculado y coincido con el subconsciente nacional de que los viejos ideales ya no nos mueven a nada; cuando los muchachos se lanzan a la calle con las viejas consignas de libertad, Constitución, el militarismo, la oligarquía, etc., el pueblo se queda en su casa y los muchachos se pierden en el laberinto de sus proclamas mientras algunos líderes transan por una que otra conquista. Todo esto ha acabado con la fe revolucionaria; ustedes verán que cada día que pasa es menor la edad de los que se lanzan a la calles por las viejas consignas. Pronto veremos a los niños, a quienes ahora ni siquiera se les enseña cívica, que aprenden historia de Panamá en libros escritos por extranjeros porque "salen mas baratos", pidiendo Constitución, Constitución. El tipo del Interior no tiene ningún interés en lanzarse a pelear para que en lugar del Inspector Pérez nombren al Inspector González; sabe que es mas fácil darle cinco dólares al juez que luchar para que lo cambien. . . . Sabe también que para "consolidar" la revolución, los jefes van a buscar a los mismos jueces que ayer lo atropellaban pero que representan la "legalidad". A veces me pregunto si no tendrán razón esos muchachos cuando preguntan: "A mí qué me va a tocar. . . ." Y en verdad, preguntémonos como tantos panameños se han preguntado: qué nos va a tocar? Yo no soy un experto en cifras, pero el otro día leía que se habían podrido doscientas mil piñas en un campo del Interior. Ese mismo día, en el supermercado de un paísano tuyo anunciaban un baratillo de piñas enlatadas en Hawaii. . . . En

una ocasión unos delegados universitarios visitaron una región de la montaña veraguense. No había un sólo poblador que tuviera un diente sano; no había una sola mujer que tuviera zapatos; de casi doscientos niños, uno sólo no tenía lombrices; el agua se la cambiaban por verduras al dueño de la tierra que tenía un pozo a tres kilómetros del poblado; los padres habían visto a un médico en la generación anterior. Sabes qué le pidieron a la Comisión? Que hablaran con el dueño de los terrenos vecinos para que les permitiera pasar por allí en lugar de tener que bordear una montaña para llegar al pueblo. Ese es el espíritu revolucionario de esas comunidades. En los pueblos es lo mismo, pero diez veces peor, porque no tienen la excusa de la ignorancia. Les voy a contar qué ocurrió una vez en un pueblo de estos, una de nuestras "ciudades" del interior. Un campesino tenía a la mujer grave, y como de costumbre, el médico del lugar no estaba en el pueblo. Le pidió al terrateniente un caballo para llevar a la mujer a la capital de la provincia y éste se lo negó; el campesino cogió un caballo que estaba pastando y se lo llevó para salvarla. Naturalmente, para el terrateniente esto era un delito y lo acusó ante el Alcalde de "abigeato". Nadie sabía en el pueblo qué era "abigeato", pero la mitad de la población se presentó como testigo de que el campesino era un criminal. El pobre hombre fue condenado a tres años de cárcel y su "roza" (21) fue confiscada como pago por los daños sufridos por el terrateniente. Esos son nuestros pueblos. No todos, pero muchos, por no decir la mayoría.

"Así es que para que se produzca un verdadero levantamiento hay que matar a los "caudillos", hay que sacudirle el dogal a cientos de hombres y mujeres del Interior, hay sencillamente que dejarlos sin amo, romper las puertas de las tiendas y quemar las listas de las deudas, y después, arrearlos como ganado para que no sientan el latigazo de la responsabilidad. Entonces se convertirán en verdaderos revolucionarios. Pero pensar que la masa se va a levantar como antes por el "liberalismo", o por cualquier otro "ismo", es vivir sueños de opio. Hay que ponerles por delante el plato de arroz con frijoles, mostrarles en lonta-

nanza un puesto público, y entonces, algunos aceptan ir al mítin. No señores, hay que olvidarse de que estos hombres van a alzarse. Los únicos que van quedando, como decía hace un rato, son los muchachos. Cada generación renueva esa veta de rebelión, pero también cada día ven ellos que la Constitución mas avanzada del Continente no sirve para nada. Y que los que les hablan de revolución no les mencionan concretamente qué monopolio, qué concesión, qué fortuna van a ser devueltas a la Nación. . . El Interior busca cosas distintas que la Capital. Quiere acabar con el terrateniente, pero quiere que el que acabe con él sea uno de afuera. Quieren cambiar de vida y lo que hacen es atiborrarse de seco, de aguardiente. Conste que estoy hablando de los hombres y no de los muchachos; éstos siguen viviendo de una que otra ilusión y claro, de la esperanza de irse para la Capital. Así y todo el Interior puede estrangular a la capital, pero no se atreve. . . . Habría que comenzar por pensar como mover al Interiorano. . . . y allí es donde la puerca tuerce el rabo. . . . Antes la fuerza del Gobierno consistía en los caciques políticos y en los pocos policías que prestaban servicios en los pueblos y campos. Ahora, desde hace varios años, el Gobierno, o mejor dicho, Vázquez, mantiene verdaderos fuertes militares en cada región del país. Los gringos nos han enseñado que la única manera de contener al "comunismo", según ellos, es tener listo en cada ciudad un pelotón de fusilamiento y suficientes policías y "agentes especiales" para acabar con cualquier rebelión "roja". Hay mas de dos mil "sapos" gringos o pagados por ellos. Cójeme ese trompo en una uña. Y después hablamos de la República y de soberanía porque plantamos unas banderas en la Zona del Canal. . . Imagínate pues la situación en el Interior. El otro día me dijo un viejo profesor que tenía veintitantos años de estar solicitando fondos para una biblioteca y de aquello nada, pero que un teniente, en menos de un año, había levantado suficientes fondos para construir un cuartel completamente nuevo. Hay otro pueblo, fíjate cómo andan las vainas, donde el Alcalde, para respaldar cualquier labor cultural consulta primero con el representante del Cuerpo de Paz, porque todos los "literatos son comunistas". Cuento estas vainas simplemente para que

conozcan mi estado de ánimo frente a una realidad que antes se me escondía pero que ahora no quiero olvidar. Excúsenme porque he mezclado de todo y a lo mejor piensan que estas cosas no tienen nada que ver con lo que se plantea, pero para mí tienen una grandísima importancia.

—Bueno, perdona—dice Fragonall—pero yo no creo que la situación sea tan negra como la pintas. En el interior debe haber tanta cobardía como en la ciudad. Todo es cuestión de que la balanza se incline para que veas a la mayoría arrancar para ese lado. Lo que tú dices puede ser verdad, pero yo no creo que esa gente sea necesaria para efectuar cambios en el país. Ni siquiera votan por lo que le conviene sino por lo que les mandan, así es que no me hago ninguna ilusión al respecto. Es más, creo que aunque se les prometiera el cielo y la tierra, no se moverían un centímetro para librarse de su esclavitud. Allí la clave quizá esté en la fuerza de Vázquez que, en mi opinión, puede cogerse el país en mediodía. . . .Y tú, Contesa, ¿qué dices?

—Prefiero esperar a que Varela llegue a puntos concretos porque, hasta ahora, sólo he oído su poca fe en que la gente del Interior se mueva en sentido revolucionario. Y digo revolucionario porque creo que eso es lo que quiere decir Varela cuando habla de la desaparición de los "caudillos". Me suena un poco al famoso paredón de los cubanos.

—Quizá por un proceso de eliminación—continúa Varela— y me refiero a la eliminación de posibilidades, no de cabezas, podemos llegar a lo que creo propone Fragonall. Yo por mi parte soy escéptico en cuanto a una verdadera revolución al estilo de lo que en su tiempo fue la Revolución Mexicana. Ustedes recuerdan el caso de Tonosí? Los muchachos que se alzaron iban convencidos de que su fé, su integridad, su heroísmo, iba a inflamar a los campesinos explotados. A las dos horas de haber llegado por allí ya un campesino, bajando laderas y aguantando sol, había salido a pie para ir a denunciarlos donde el primer policía que encontrase. Al segundo día mas del 80 por ciento del campesinado

estaba huyendo para no verse comprometido. Claro que esto sucede en todos los movimientos, y ocurre en todos los países latinoamericanos, pero a mí personalmente me da vergüenza. La capital es otra cosa y a la vez lo mismo. Antes en la capital los rebeldes de la Universidad seguían siendo rebeldes años después de dejar el claustro. Los dirigentes obreros se movilizaban y peleaban por sus compañeros. Acuérdate de la huelga de los choferes. Los políticos ayudaban con plata, pero los dirigentes la repartían y peleaban hasta lograr conquistas o parar en la cárcel. Hoy la gran mayoría recibe una pitanza de los gringos y otros creen que viajar a Moscú es la cumbre de las aspiraciones obreras. Entonces lo que tenemos es una dirigencia infiltrada por "sapos" de uno y otro bando, una dirigencia que se asusta, y cuando no se asusta, se vende. Es posible que pinte una situación demasiado pesimista, pero tú, Fragonall, tienes experiencia suficiente con tus líos del transporte y sabes que quizá exagere un poco, pero que no me aparto mucho de la realidad. El otro día, tú recuerdas, antes de tu expulsión, fueron al Ministerio de Trabajo siete dirigentes obreros para discutir el conflicto con ustedes. Dos de ellos habían estado la noche anterior donde Vázquez consultándole qué hacer porque el asunto estaba creciendo. Yo les pregunté si habían hablado contigo y dijeron que tú no aceptabas ninguna transacción. Además, informaron que el "líder" les estaba exigiendo que reclamaran sus derechos para poder proceder. Tú sabes también que una gran cantidad de maleantes maneja buses solamente porque sirven los intereses de ustedes saboteando todo intento de sindicalización o de huelga, y están dispuestos a todo con tal de no regresar a la cárcel. Fíjate en los tipógrafos; en mi opinión era un gremio mas fuerte que el de los choferes y los quebraron; los quebraron porque no se atrevieron a proceder contra sus compañeros rompehuelgas, y por allí andan ahora, dando vueltas, pidiendo cualquier clase de trabajo, operarios que eran de lo mejor en Centroamérica. . . . Las muchachas de la industria de la confección todavía tiene que estar mendigando para que les reconozcan derechos que fueron logrados hace cincuenta años en otros países que no tienen un Código de Trabajo como el nuestro. Mira la gente del Cemento, los marinos, los de la cons-

trucción. . .sin embargo, todos los días leemos que Panamá tiene el Código de Trabajo mas avanzado del mundo. Pero diles que salgan a pelear. . . .de milagro van a los desfiles del Día del Trabajo. . . .¿Tú has visto el local de los Obreros Unidos? La biblioteca tiene poco mas de cien libros; la mitad son novelas que no sirven para mierda. Y sin embargo es la industria mas fuerte del país. . .Cuando hay una crisis política aparecen decenas de organizaciones sindicales, libres, democráticas, republicanas, que se pisan unas a otras reclamando elecciones puras, respeto a la Constitución, adhesión a los postulados del cristianismo unas y del sindicalismo otras, pero si las investigas son entidades fantasmas, sin un centavo y sin otro propósito que el de pedir un puestecito en la burocracia oficial. Yo no digo que no hay dirigentes verdaderos; lo que sostengo es que aquí asistimos al mismo proceso del campesino del Interior. La masa, el grueso del obrerismo, no se mueve más que para la cantina. . . .Tú ves lo que le pasa en el gremio de la radio y la televisión. No hay un sólo panameño dirigiendo esas empresas y el que se mete a protestar lo despiden. Quizá nuestra gente sea malaza, pero la basura que nos traen de afuera no creo que sea mejor que la nuestra. Y este es un grupo que se supone tiene una mayor conciencia social que el simple obrero. Mas espíritu de lucha hay en los chiquillos limpiabotas. Esos por lo menos te roban el vuelto, si pueden. . . ." Varela tomó un vaso de vino y agregó:

"Y esos son los que rompen vidrieras, los que vuelcan tinacos, los que junto a los muchachos del Instituto y de la Universidad joden de verdad. Y son los que mueren en las calles cuando Vázquez saca a su gente. Pero, díme la verdad, Fragonall, ¿tú entrarías en una revolución para ayudar a esa gente ?

—Yo no sé, pero es posible que si no lo hago esa gente acabe con mis hijos. . . .¿No lo has pensado nunca ?

—Es posible, es posible, pero para acabar con tus hijos tienen que acabar primero con los policías de Vázquez. ¿No crees tú ?

—Es posible, es posible. . . .si el "Líder" no acaba

primero con Vázquez. . . .acuérdate de eso. . . .

-Yo creo que el "Líder" va a acabar con Vázquez; no para ayudar a los otros, sino porque uno de los dos tiene que desaparecer. . . .

-¿Tú crees que ha acabado conmigo?

-Desde el día de tu expulsión eres una peste para algunos de tus amigos. Creo que lo que hacen es pretender que esperan saber tus opiniones pero que ya te están tirando por la borda. .

-Eso es lo que me gusta de tí; la franqueza. . . . Pero no me has contestado lo que quiero saber. . . .

-Vázquez no tiene sentido de la historia, pero tiene ideas muy claras del presente. Creo que tiene suficiente dinero para ver los toros desde la barrera. ¿Por qué arriesgarse? Si le decimos que de repente se te ha despertado una conciencia social se reirá, se reirá tanto como tú te reirías si te dijéramos eso de él. . . . ¿No es así? Perdona que hable en esta forma pero no tengo interés en engañarte ni engañarme. Yo no creo que estés liquidado, totalmente liquidado. Pero sé que si te embarcas en algo simplemente por capricho vas a perder tiempo, plata y vas a liquidar a los que te acompañen. . . ¿Qué opinas tú, Contesa? Ya yo he hablado bastante por esta noche y no me he podido saborear bien mi comida. . . .

-Yo creo que has sido bastante franco. No coincido con todas tus opiniones y pienso que estás demasiado decepcionado. Perdona que te lo diga pero esa es la impresión que me das cuando hablas con tanta amargura. En mi opinión el "Líder" no va a acabar con Vázquez, no porque Vázquez sea superior, sino porque Fragonall tiene que salvarlo u olvidarse de todo y dedicarse a pasear por el mundo. Fragonall no está liquidado, pero puede forzar su liquidación en un movimiento que no logre terminar con el Líder. No creo que un movimiento pueda basarse en las masas de que nos habla Varela. Creo que las conspiraciones las hacen tipos como nosotros, y después es que cobran fuerza

en la calle, o se hunden en el ridículo. Y no creo tampoco que se trate de regar dinero y comprar gente. El Gobierno tiene todo el dinero que quiera, mil veces mas que Fragonall y cien Fragonall, y tiene mas todavía, tiene el Poder para hundir, para levantar, para humillar, para distinguir, y, en cualquier momento, una sola medida popular borra cien errores. Pero un error, un solo error de Fragonall puede significar su fin. Al menos significa la estampida de sus colaboradores. Yo no se muchos de las clases populares, pero en la que me muevo no hay piedad para el fracaso. . . . Y si el que fracasa es uno de los nuevos ricos, perdona Fragonall la frase pero no encuentro otra, más rápido lo abandonan. . . . Ellos pueden perdonar al imbécil que se la pasa de parranda en parranda, al hijo que borracho atropella a un pobre viejo, a la mujer que se acuesta con los amigos del marido, pero no perdona al que ha hecho dinero con su trabajo, si es que se hace fortuna trabajando. . . .

-Bueno, yo les pedí que hablaran con franqueza, así es que no debo quejarme de lo que digan. . . . Adelante, porque creo que nos estamos conociendo mejor. . . . Hacía tiempo que no me daban un lavado de cerebro y creo que bien lo necesitaba. . . .

-Entonces podemos hacer un brindis—dice Varela sonriendo—Brindo por el hijo de puta de Vázquez, que debe estar almorzando con el "Líder". . . .

-Brindemos cada uno por su propio hijo de puta. . . . —agrega Fragonall bebiendo su copa de vino.— Y tomemos otra botella aquí o en otro lugar si prefieren. Mañana podemos seguir con el tema si están demasiado cansados. . . .

-Por mí es lo mismo. . . . Yo no sé si Varela quiere ver alguno de estos clubs nocturnos. . . . Yo los acompaño a cualquier lado menos al Lido. . . . Son los mejores shows, pero ya me los sé de memoria. . .

-No sé, yo no conozco nada aquí así es que ustedes decidan. Seguramente mañana ustedes querrán hablar de sus negocios así es que yo puedo dormir mas tiempo. . . .

Ustedes decidan. . . .

-Vamos aquí, cerca, al "Boule Blanche", allí conozco a algunas francesitas que te harán olvidar a las cholas nuestras. . . Desde luego, ustedes son mis invitados. Quizá Varela pueda quedarse con una. . . Ya vas a ver Varela cómo se te quita la decepción. Por tus compatriotas.

-No se preocupen por mí. Antes estas conversaciones me impresionaban mucho, pero ya hace tiempo que me importa poco con mis compatriotas en general, y los que me importan ya no pueden decepcionarme. Pa'lante y sin tembladera. . .

-Así me gusta, ánimo Varela que ésta la ganamos. Por lo menos te quedará el recuerdo de una buena hembra de París.

XXXXXX

Varela amaneció en un pequeño apartamento del Boulevard Haussmann. A su lado roncaba Sybille. Eran las diez de la mañana y había dormido desde la seis. Poco después de las tres había salido del "Boule Blanche". Había ido en pos de una francesita y había terminado durmiendo con Sybille, una inglesa del grupo coreográfico del club. Razones idiomáticas lo habían hecho preferir a Sybille; además del argumento anatómico. No sabía si despertarla, quedarse un rato mas, o irse. Sybille no podía tener mas de unos veinte años. Varela se había sorprendido cuando ella salió del baño con el rostro desprovista de maquillaje; era sí, no mas bonita, pero sí mas tierna. En su inglés, tan distinto al que hablaba Varela, lo había invitado a tomarse un baño de agua caliente que lo había reconfortado y quitado un poco la modorra del vino. Después se habían hecho el amor. Ambos quedaron rendidos y ahora Sybille roncaba. Levemente, pero roncaba, entregándose aún más en su sueño.

Varela decidió irse al Hotel y, sacando una tarjeta de su cartera, escribió el nombre de su hotel y el número de la habitación; contó cincuenta dólares y los agregó a la tarjeta que colocó bajo un cenicero. Ya en la calle se metió en un pequeño café y desayunó. Se sentía cansado pero la ventisca lo había despertado completamente. Pensó en su país y recordó que tenían una llamada telefónica para las diez lo que lo hizo abandonar la idea de recorrer un poco las calles.

Contesa estaba desayunándose en la habitación cuando él llegó. Confirmaron la llamada y conversaron sobre lo que le dirían a Vázquez. En verdad, poco les había dicho Fragonall; una cosa era cierta; no tenía ningún interés en que Vázquez abogara por él ante el "Líder". Lo demás sería mejor conversarlo cuando regresaran a la patria. Ambos estuvieron de acuerdo y poco tiempo después sostenían su conferencia telefónica. Vázquez se extrañó de la actitud de Fragonall pero no hizo mayores comentarios. Las cosas seguían por allá lo mismo y no había urgencia en que regresaran de inmediato si querían quedarse. Unas vacaciones no perjudicaban a nadie siempre que no gastaran una fortuna en las francesas. Les pareció que no tenía sentido mantener en secreto la conferencia con Vázquez. De todas maneras, ello nada cambiaría. Por el contrario, podría provocar la desconfianza de Fragonall. Ambos coincidieron en que debían tratar hoy de lograr que Fragonall expusiera claramente sus planes, sí es que los tenía. Lo mejor sería que Contesa lo visitara ahora y luego se reunirían los tres para almorzar. Eran las once por lo que Contesa llamó a la habitación de Fragonall. Al terminar de hablar le informó a Varela que se verían a la una de la tarde en el vestíbulo. Se terminó de vestir y se fue a la habitación de Fragonall.

XXXXXX

El zar del transporte se había levantado temprano. El zar del transporte. Le gustaba oír el apodo y mu-

chas veces se lo repetía a solas consigo mismo. Ex zar, qué mal sonaba. Cambió sus planes de almorzar en la habitación con Varela y Contesa; canceló todas las llamadas que había pedido. La conversación de la noche anterior le había despertado dudas sobre el procedimiento a seguir. Para embarcar a Vázquez tendría que convencer a Varela. Contesa no le preocupaba mucho, pero a Varela no se le podría entusiasmar con una conspiración más. Varela podría ser la clave para lograr a Vázquez. Habría que darle un contenido social a su movimiento. ¿Por qué no? Qué carajo. Plata tenía bastante y no le debía nada a nadie. . . .Lo que tenía lo había conseguido de pelota a pelota como decían los panameños. Los panameños. . . ¿serían de verdad como decía Varela? . . .Cómo jodían al comienzo los choferes. Cómo había tenido que amenazar y meterlos en la cárcel con la ayuda de Vázquez. Cada día aparecía un berraco pidiendo alguna vaina. Cómo había tenido que repartir plata al comienzo. Y los políticos, cómo pedían plata para cuanta vaina había en el diccionario....

Una imagen se le presentó en la mente. Se veía sirviendo tragos y recogiendo platos vacíos de las mesas del Club Unión. Cuánto tiempo había pasado de eso. Casi nadie se atrevía a recordárselo ahora. Qué sabía Varela lo que era defenderse de los poderosos, lo que era aguantar los desprecios y las humillaciones, lo que era robarle el dinero del Seguro Social a los obreros, lo que era ir a cobrarle a un enfermo. . .Y ahora, ahora. . . ¿Luchar por esa gente? ¿Arriesgarse todo? ¿O quedarse tranquilo? ¿La vida se reduciría a eso? ¿A ver a su mujer comprando pendejadas, llenándose los brazos y las manos de prendas? ¿A Julieta pidiendo un carro nuevo todos los años? ¿Y los otros hijos de puta riéndose de él? ¿Tratando de ver con qué se quedaban? ¿Qué hacer? ¿Componer el país? El gallego de mierda millonario? Qué pensará Varela de él? ¿Creerá que no puede hacerlo? Qué no tiene los huevos para hacer una revolución de verdad? ¿Serán de verdad comunistas todos estos tipos según decían los gringos?

Los golpes de la puerta interrumpieron los pensamientos de Fragonall. Era Contesa con un maletín. De él fueron saliendo cifras e informes sobre la situación

financiera de los negocios de Fragonall. Total, unos siete millones, sin contar el negocio del transporte. De esos siete millones un porcentaje correspondía a los "socios" del zar del Transporte y sólo él sabía quiénes eran; Contesa recitaba las cifras y de vez en cuando intercalaba un comentario o un informe personal.

¿Qué te parece si hacemos una verdadera revolución en Panamá?

Contesa no pareció muy sorprendido de la pregunta pero no demostró tampoco mayor entusiasmo.

—Ese es un negocio en el que no tengo ninguna experiencia pero sé que la inversión tiene que ser bastante grande. Y los "socios" muy buenos. Además, acuérdate de una cosa: en Panamá no hay revolución si no están de acuerdo los gringos. . .

—Sí, si, claro. . . pero suena interesante. . .

El gerente de la Investment Service puso a un lado sus papeles y se dirigió al pequeño bar donde se sirvió un vaso de whiskey.

—Mira Evaristo. . . Si hay alguien que no necesita una revolución eres tú. Por mi parte, como panameño, creo que hay muchas cosas que deben corregirse. No sé cómo, ni le he dedicado mucho tiempo a pensarlo pero sé que tarde o temprano tendrán que corregirse, o la masa en la que Varela no cree acabará con todo. Pero, en estos tiempos hasta las revoluciones las están haciendo los técnicos. Varela es un tipo simpático y valiente, y creo que anda en algunas de estas vainas, pero está demasiado amargado. Y Vázquez, en mi opinión, está demasiado corrompido. Es posible, y no lo digo por halagarte, ni creas que lo digo en sorna, que de nosotros cuatro el único que piensa en una revolución seas tú. Si en verdad piensas en algo así, cuenta conmigo. No esperes milagros de mí. No tengo mucho espíritu de sacrificio y la cárcel no me atrae, pero creo que todos podemos hacer algo. . . si las cosas van en serio. . . .

-Bueno, te diré qué he decidido. He cancelado todas las llamadas. Nos dedicaremos, después que terminemos tus informes, a discutir con Varela todas las probabilidades, sin reservas de ninguna naturaleza. La decisión final será de los tres... ¿Te sorprende? Pues bien, así lo haremos si tú y Varela están de acuerdo. Si no, no hablaremos mas del asunto y nos pegaremos una buena borrachera. ¿Está bien? . . . Bueno, a trabajar. . . . Primero que todo, veamos qué inversiones vamos a liquidar. Mías y de mis socios porque, o entran, o se los lleva el diablo.

-Euja. Huecos del diánche, carajo. . . .(22)

El carricoche crepita al meterse en uno de los huecos de la carretera y la muchachada alborota con sus gritos.

-Otro golpe así y quedo sin rabo, diablo.

-Queremos llegar enteros. . . .

-Se ve que el carro no es tuyo. . . .

-A propósito es que lo hace el condenado éste. . . .

-Aguate, carajo, que esta carretera es nuevecita. . . .

-Sí, como la madre del que la construyó, ladrón del diablo. . .

-Prepárense que ahí viene otro hueco. . .

-Exagerado. Ese es un huequito y está recién hecho. . . .

A lo lejos se divisa ya el puente del río La Villa y el auto aminora la marcha. Pronto deberá abandonar la carretera y entrar al camino de la huerta de la familia Galván. Hacia allá se dirigen los muchachos a bañarse en el río; algunos han venido de la capital a pasar el fin de semana y el paseo es ya casi un ritual. Frutas y sombra. Agua y sol.

La huerta de los Galván es uno de los tantos minifundios de la región. Nada es comparable a la paz que se vive allí. La tierra no hace ruido. Hace una semana que no llueve, pero el río corre vigoroso y las ramas de los árboles se le inclinan solfinitas recibiendo el vaho de su evaporación; se entremezclan unas a otras formando un techo sobre la tierra limpia y callada. Un verde oscuro, telúrico, no deja pasar los rayos del

sol. Por debajo corre la brisa suave como si viniera de un abanico gigantesco pero de una ternura inagotable. La brisa tiene el mismo verde.

Frente al claro de terreno está el rancho. Es una estructura de pencas secas y nervudas que susurran también con el viento. A un costado el fogón y cerca la tinaja de agua. Arrimada a un arbusto, la vieja escalera aguarda la noche para que trepen presurosas las gallinas. Mas allá, restos de una antigua bicicleta, una que otra copa de las ruedas de un automóvil encontradas al borde de la carretera. Brillantes, cuidadas y conservadas como restos de una civilización que pasó. Un cobertizo de paja, sostenido por cuatro estacas, sirve de nidal a las gallinas que picotean cerca.

Genarina está en el pequeño bajo frente al claro del rancho. Espera a los muchachos junto a Juan Ramón, el hijo de doce años. Ya el chiquillo ha terminado la escuela primaria y este año tratará de conseguir cupo en el Primer Ciclo de la provincia. Por lo pronto ayuda en la huerta, a veces al padre en las sementeras, a veces a la madre en la limpieza. Algo le quedará de los muchachos que vienen a pasear hoy.

La quietud se quiebra pronto cuando llegan los jóvenes en alegre algarabía.

—¡Genarina! ¡Juan Ramón! . . —grita Daniel que es de la familia. Su padre es primo de los Galván y vive en la ciudad; es Licenciado y mantiene a sus hijos estudiando en la capital con el producto de sus pleitos y de unas "vaquitas". El resto del grupo es heterogéneo. Una de las muchachas, Eugenia es de la Capital. Las otras, Teresa y Delia, son de por acá. Marcos y Ernesto también son interioranos que estudian en la capital. Todos ayudan a descargar sodas, vasos, hielo, y el tocadisco portátil que ha traído Eugenia.

En el río hay otros jóvenes. Pronto Daniel y los demás están zambulléndose mientras las muchachas se quedan en el vado tomando sol. El sol de las nueve de la mañana no quema mucho. El agua todavía está un poco fría y la piel se renueva con el influjo de la

sangre que se asoma a los poros. Son cuerpos nuevos. Las muchachas apenas van logrando las formas núbiles y los varones sienten brotar cada pelo que los acerca a la madurez. Aún no los arrastra el deseo pero el aleteo del sexo mueve y empuja a cada brazada. En cada uno de ellos bullen trazos de una raza antigua y por encima de todo el negro asoma su color o su rizo. Allí, en este pedazo de río panameño, la juventud de la patria se toca, se golpea, se mezcla, se ejercita y se ríe.

Daniel es el mas viejo. Este año termina la Secundaria en el Instituto Nacional. Bachiller en Letras. Pronto tendrá que decidir que carrera seguirá. Ahora es Secretario General de la Federación (23). Su color cetrino niega la blancura de la madre. Los pómulos salientes llevan el sello del indio, pero el labio grueso trae la remembranza de algún negro o alguna negra de la Colonia.

Marcos y Ernesto son dos hermanos de una larga familia. Sus abuelos vinieron del Ecuador huyendo de alguna revolución. Bajaron en el puerto donde la paz les permitía laborar; el abuelo sabía trabajar el cuero, y la abuela tenía arrestos suficientes para golpear todos los días la ropa que le llevaban para lavar. La planchuela inclinándola cada vez mas, pero nunca le impidió llevar todas las mañanas a los muchachos donde la maestra. Poco a poco los abuelos se convirtieron en parte del pueblo. Se adosaron a la comunidad y allí, claveteando el cuero y golpeando la batea produjeron tres maestras, un zapatero y dos burócratas. Ninguno se había distinguido; parecían raíces que se escondían para nutrir mejor a sus retoños. Una de las maestras era la madre de Marcos y Ernesto. Se había casado con uno de los muchachos del pueblo y seguía allí. El marido había muerto dejándole de herencia una tienda y a los dos muchachos. Jubilada, vendía ahora en la tienda mientras los muchachos estudiaban. Ese era el presente, el futuro eran Marcos y Ernesto, ella era el pasado; era una de las raíces cuya única razón de ser era arrancarle algo a la tierra para nutrir a sus retoños. Marcos y Ernesto estudiaban en el Instituto Nacional y allí se habían hecho amigos de Daniel. Estaban en años inferiores pero la diferencia de edad no

había impedido la confianza entre ellos. El año pasado habían tirado piedras juntos durante una manifestación que se enfrentó a la Policía.

Teresa y Delia son hijas del zapatero que reemplazó al abuelo. El también se casó con una muchacha del pueblo. Ella se aburrió y un buen día desapareció. Las muchachas crecieron con la leyenda de que la madre había muerto, pero sabían o intuían que estaba viva en la capital. Nunca se hablaba de ello. Una vez habían oído a alguien decirle a la abuela que la habían visto en la ciudad, pero las dos pretendieron no haber oído. Ninguna de las dos recordaba bien a la madre, todo había ocurrido cuando Teresa, la mayor, comenzaba a hablar. Cuando fueron creciendo se fue hablando menos del asunto; llegó un momento en que, como por un acuerdo tácito, nadie habló más del tema. La abuela había reemplazado a la madre, y el padre, en vez de padre, era la imagen del viejo abuelo inclinado sobre el banco, clavando y cosiendo, cortando y pegando, cuero tras cuero.

Las dos comentaban con Eugenia la audacia del traje de baño de la última. La habían visto una vez en televisión modelando un traje de uno de los almacenes de moda de la capital. Para ellas Eugenia era un ser de otro mundo. Una galaxia especial que las llamaba pero que a la vez las asustaba. Cuando ella llegó con los muchachos a pasar el fin de semana la reconocieron y de inmediato se volcaron a hacerle preguntas. Nunca habían estado en la Capital y la presencia de Eugenia avivó todas las ansias de saber cómo era en verdad la vida de una muchacha en la ciudad. Se habían hecho grandes amigas en los dos días que llevaban juntas. La noticia de que era novia de Daniel las había acercado más.

Eugenia tenía diecinueve años. Un año más que Daniel y tres más que Teresa. Se sentía como una reina rodeada de su corte. Teresa y Delia la abrumaban a preguntas y atenciones. Marcos y Ernesto la miraban envidiando a Daniel. Daniel. ¿La querría de verdad Daniel? Tenía un año de conocerlo. En el baile de su graduación, Daniel había asistido como Secretario Ge-

neral de la Federación y casi toda la velada había bailado con ella. Después continuaron viéndose y cuando la dueña del salón de belleza le propuso servir de modelo, Daniel se había disgustado. Le encantaba modelar; el ajetreo de los trajes, la novedad del maquillaje, el calor de las luces, la familiaridad de los camarógrafos, todo la hacía sentirse mujer. Al comienzo los nervios la cohibían; la sensación de estar siendo observada por todos la ponía tensa; luego decidió olvidarse de eso y ser ella la que observara. Estuvo semanas sin saber de Daniel y una mañana, en el bus, se lo encontró. Siguieron viéndose cuando ella ingresó a la Universidad. Cuando él estuvo preso unos días fue hasta la Cárcel Modelo a visitarlo.

La vida de Eugenia había sido tranquila y placentera. Su padre trabajaba en una agencia distribuidora de productos extranjeros y su madre era contabilista. Entre ambos ganaban lo suficiente para tener un buen apartamento, proveer a las necesidades de la familia y prescindir del sueldo de ella. Eugenia estudiaba Administración Pública en la Universidad. A veces se preguntaba para qué estudiaba. Modelar le gustaba, pero no veía futuro en ello. Estaba bien como distracción; en lugar de trabajar en una oficina ganaba lo suficiente para sus gastos y tenía oportunidad de vestirse mejor que sus amigas, pero no lo veía como una carrera. Lo que más le seducía era la admiración del público pero le temía a la barahunda de las fiestas. Y la admiración de estos muchachos era mejor que la lubricidad de esos viejos anunciantes.

En una ocasión el Gerente de la Maxfit Corporation le propuso irse a modelar a Estados Unidos. El jefe de la agencia de anuncios que la había contratado se disgustó porque ella no quiso ir a la fiesta que daba el Gerente de la Maxfit. Esa noche se había entregado por primera vez a Daniel. Era la primera vez. Como había llorado cuando el taxi se detuvo en la casa de citas. Tenía dos horas de estar bailando cuando Daniel le propuso ir a algún lado donde estuvieran solos. La curiosidad la llevó allá y el llanto casi la hace volver. Nunca antes había estado en un lugar de esos. El miedo se le

quitó cuando comprendió que Daniel estaba mas asustado que ella.

Al día siguiente se sentía completamente molida. Cada parte de su cuerpo le dolía. Nunca había estado tan cansada. Y a la vez el cuerpo le pedía repetir todas las sensaciones de la noche anterior. Quiso contarle a la madre lo que había ocurrido, o al padre. La confianza entre todos era extrema, pero, ¿esto? En el almuerzo le pareció que todos lo sabían, o lo adivinaban, pero no dijo nada.

El temor del embarazo fue la explicación para no entregarse otra vez a Daniel. Ambos se tranquilizaron cuando apareció la menstruación regular. Después, las píldoras escondidas en el fondo de la cartera. Y el sabor de ser mujer.

Teresa se había alejado de las piedras donde Eugenia y Delia seguían tomando el sol. A veces se sumergían en el agua y volvían a tenderse en la piedra grande a secarse. A la distancia, Teresa jugaba con los muchachos y conversaba con otro que parecía extranjero.

-Ese es Dick, el del Cuerpo de Paz. Parece que está enamorado de Teresa.- le decía Delia a Eugenia con voz que tenía un dejo de envidia.

-¿Quién es el gringo ese?.-preguntó Daniel mientras salía del agua para sentarse cerca de Eugenia.

-Ese es el del Cuerpo de Paz que sale con Teresa. . . .

-¿Y cuánto tiempo tiene por aquí? . . .

-Uy. Ya tiene mas de un mes; enseña a los muchachos de las huertas. A veces se aparece por la casa porque creo que gusta de Teresa y ella, ni se diga. . . .

-¿Y por qué no me lo habían dicho?

-Ay, no sabía que te interesaba Teresa. . . .
-dice Delia haciéndole un guiño a Eugenia.- Es un

gringo muy simpático, mejor que tú.

—Vamos a tomar unas sodas. Llama a Teresa y a los muchachos porque si no me las tomo todas yo.... ¿Tú vienes o te quedas? —dice Daniel mirando a Eugenia.

—Invita al gringo también, para que sufra Daniel... —dice Eugenia riéndose con Delia y saltando detrás de Daniel.

Los muchachos forman un ruedo en el claro. Entretanto Genarina atiza el fogón. Hierve la lata de sancocho mientras Juan Ramón pica el hielo. En el centro, discuten sobre los discos que trajeron; el ritmo de un conjunto norteamericano brinca alegre colándose por todos los ámbitos. La conversación se fracciona en dos grupos. Las muchachas bailan mientras conversan sobre las últimas películas; los muchachos hablan a su vez sobre el estado de las clases en el Instituto. Genarina pregunta sobre los parientes de la ciudad y explica que pronto llegará su marido.

Tomás Galván salió temprano a preparar algunas tomateras. La tomatera queda un poco lejos; está en un terreno que Tomás logró alquilarle a uno de los vecinos. Tiene dos años ya de aprovecharlo; ahora tiene que regarlo a mano. Quizá pronto estén listos los canales de regadío que han prometido; le pedirá al pariente Licenciado que le haga un contrato con su terrateniente no vaya a ser que le suba el precio del arriendo. El tomate le produjo el año pasado dos veces lo que obtenía de las sandías. Las frutas, y algunos frijoles, habían sido su preocupación antes de los tomates. Había continuado la costumbre que le legara su padre hasta que el compadre le hablara de los precios que estaban pagando por el tomate.

Su vida transcurría con la placidez de la inmovilidad. Los padres le habían dejado la pequeña huerta. Temprano se casó con Genarina quien aportó otro paño de tierra. Juan Ramón había crecido milagrosamente; Genarina había tenido un mal embarazo y la comadrona estuvo a punto de sacrificar al niño para salvar a la madre. La naturaleza providencialmente salvó a los dos

pero Juan Ramón había comenzado su vida con una salud precaria. Tomás había tenido que dedicar bastante tiempo a cuidar a ambos. Ya Genarina no molestaba; nunca más había quedado encinta; Juan Ramón había ido afianzándose y los años de escuela que perdieron los recompensó fortaleciéndose físicamente.

Aprovechaba cada ocasión de acompañar al padre a los distintos siembros. Pie al suelo y el sombrero montuno en la cabeza, el niño aspiraba polvo y sol en la mañana. En la tarde iba a la escuelita sorbiendo a bocanadas los textos de lectura; por la noche el regazo de la madre lo acomodaba para el descanso. La tomatera cambió un poco la placidez de la pequeña familia. Tomás tenía que alejarse para cuidar su nueva producción. La modesta entrada económica proveniente de las frutas y los frijoles, vendidos a la vera del camino algunos y entregada la mayoría a un intermediario, se triplicó con la venta de los tomates. Ya hasta pensaban en mandar a Juan Ramón al Primer Ciclo de la ciudad. Los ahorritos crecían: en el hueco de un árbol que sólo conocían Tomás y Genarina, una lata cubierta de tierra atesoraba el metal fruto del trabajo de Tomás.

Tomás quería que su hijo fuera mejor que él pero no confiaba mucho en los títulos. Lo que había que conseguirle era mas terreno para sembrar mas tomates. No le sedujo el dinero hasta que tuvo un poco mas, y como no era bebedor el ahorro crecía. Pronto tendría que decidir qué hacer con el dinero en la lata; no entendía bien ese asunto de los bancos. El Licenciado le había explicado las ventajas de tener una cuenta de ahorros, pero Tomás no había quedado convencido. Si pudiera comprar el terreno de la tomatera. . . .Lo mejor sería poner a Juan Ramón en la escuela de agricultura. Al muchacho le gustaba el campo y una vez, cuando le preguntó qué quería ser, la respuesta lo había llenado de orgullo: quiero ser como usted. . . .

Tomás apretó el paso del caballo. Oía ya la melodía de los visitantes y el hambre le sonaba en el cerebro.

—Llegó Tomás, llegó Tomás. . . .

-Buenas, muchachos. . . -buscó con los ojos a Juan Ramón y le hizo señas para que se llevara el animal.-¿Se están divirtiendo bastante? Bueno, dénme una soda que me estoy muriendo de sed.

La brisa ha cobrado mas fuerza al acercarse el mediodía. La leña arde quemando el fondo de la lata de sancocho. En las hamacas se mecen Eugenia y Delia. Teresa, mas hacendosa, ayuda a Genarina preparando los platos mientras bajo un árbol Daniel y Marcos se han sentado a conversar con el gringo del Cuerpo de Paz.



Dick Lombard es un mocetón de baja estatura y fornido. Hace tres años abandonó la Universidad de su Estado natal e ingresó al Cuerpo de Paz. Quería conocer Latinoamérica y "ayudar a mejorar la sociedad". En el curso que siguió le enseñaron que era necesario para su patria llevar el mensaje de la democracia norteamericana a la base misma de los pueblos vecinos. El Continente se fraccionaba peligrosamente y se alejaba de las virtudes democráticas. Todos serían embajadores de un sistema de vida que producía prosperidad y dignidad al ser humano. El comunismo se vigorizaba en los campos de la América Latina. Washington regalaba dinero y compraba ejércitos, pero esa política no era suficiente. La juventud norteamericana debía conquistar a la masa con la amistad.

En vez de soldados serían misioneros. Nada de casacas ni de salmos. Nada de elegantes diplomáticos. Con la mochila al hombro vivirían en la "verdadera" América Latina. Servirían la causa de la paz en esos pueblos, y cuando regresaran, sus experiencias les permitiría influir en la opinión de sus comunidades. Sobre todo, había que acabar con la imagen del viejo Tío Sam. En lugar suyo se alzaría el Hermano Bill.

Como Dick provenía de una familia de granjeros, fue asignado a un campo de la República de Panamá. Así fue a dar a la Villa. Cuando llegó a la Capital procedente de su Nación, recibió otro curso preparatorio. Después de la fiesta de bienvenida en la Embajada vinieron los días de la "escuelita". En un chalet de la ciudad se reunía su grupo. Un día el "profesor" era un técnico en agricultura tropical. Otro era un "experto" local. Después vino el agente de la famosa C.I.A. y como colofón, una semana en la Zona del Canal, para que "aprendieran" la mentalidad del norteamericano zonista, el colono yanqui.

En el área destinada a Lombard había alrededor de una veintena de "cuerpo de paz". Tenían instrucciones de no andar juntos; podían tratarse, cambiar impresio-

nes y experiencias, pero nunca debían andar juntos, y siempre debían estar listos para abandonar el área. Cada uno estaba provisto de un buen receptor de radio. Todos los días a las seis de la tarde debían escuchar el programa noticioso de una emisora panameña. Recibirían así sus mensajes mediante una clave preestablecida. Su contacto personal sería un oscuro miembro del Club Rotario local.

Lombard había conseguido un cuarto en una pequeña casa cerca del río. Poco a poco fue mejorando su español y acomodando su estómago al arroz y a la tortilla. En los dos meses que tenía por allí, había logrado formar dos equipos de "baseball" entre los muchachos de las huertas. Había organizado también algunas competencias de natación en el río. Los agricultores se refían al comienzo de algunos de sus consejos. Después se acostumbraron a conversar con él sobre sus problemas.

El "gringo" no era mala gente, pensaba Tomás. El sabía que el Canal lo explotaban ellos y que no querían dárselo a los panameños, pero este Dick era buena gente. Varias veces lo había ayudado en la tomataría, y tenía razón cuando le insistía que debía conseguir mejores semillas. Además le estaba enseñando algo de inglés a Juan Ramón. Tomás se refía cuando Juan Ramón hablaba inglés. No sabía para qué le serviría eso; quizá si decidía siempre ir a la escuela de agricultura el idioma extranjero le permitiría aprender mas cosas. Daño no le iba a hacer. . . .

Lombard se excusó del grupo después de cambiar algunas palabras con los muchachos. Tenía que ir a despedirse de sus "alumnos de natación, dijo sonriendo. Teresa abandonó lo que estaba haciendo y lo acompañó hasta la ribera. Allí lo invitó a ir esa noche a su casa donde los muchachos se reunirían para dar una vueltas.



El sancocho es el plato típico panameño. Nació en los viejos caldos que trajeron los españoles en el paladar. La hoguera que ablandaba las aves sirvió de piedra bautismal. El indio, o mejor, la india y la negra, le agregaron las yerbas del monte. Con el correr de los tiempos la mazorca se incorporó otorgándole otro sabor. Hoy tiene ya carta de ciudadanía aunque sus componentes varíen de una región a otra.

No hay reunión en el Interior, y aún en la Capital, sin el tradicional sancocho. "Prepáranos un sancocho" es el puente que une a todas las clases panameñas. La gallina es el holocausto a la amistad y a la camaradería. Pero no hay sancocho como el interiorano, el que se cuece en lata y a leña, el que mezcla el oloroso culantro con el babeante ñame y la blanca yuca, la grasa del ave fundiéndose en la fragante mazorca, el orégano generoso, el tomate rubicundo, la delicada cebollina durmiéndose en la superficie.

En el claro de la huerta de los Galván, la brisa poderosa reparte el olor del sancocho que hace Genarina. Poco tiempo después las alabanzas se entrecruzan con los soplidos de los muchachos tratando de enfriar un poco el caliente caldo. Dos gallinas han contribuido al sancocho y las presas abundan; pronto lo que quedará será un rimero de huesos blancos y pelados. Nada hay superior al hambre de la juventud. Ni siquiera la miseria de pueblos enteros.

XXXXXX

En el portal de la vieja zapatería, las muchachas se mecen en las antiguas sillas. Los muchachos permanecen parados en el borde de la acera mientras comienza a anochecer. Teresa y Delia viven casi al final de la "Avenida Central"; es una vieja casa de quinchas con

un antiguo patio donde cada verano el mango, la papaya y un viejo marañón brindan sus frutos y su sombra. Tres gallinas aportan su ración diaria de huevos mientras el gallo pescuezipelado aguarda su reemplazo. En la sala los dos viejos se distraen con el televisor de segunda mano. La gritería de los muchachos no los molesta; parecen conectados a otro circuito auditivo donde no entra otro sonido más que el que emite el aparato iluminado.

Cuando Dick Lombard llega son casi las siete. La penumbra es total; al tiempo quedan todos embarcados nuevamente en el carro que Daniel ha traído prestado. Amontonados y felices dan vueltas por la ciudad; luego toman la carretera hacia la Villa. En pocos minutos le dan la vuelta y quedan otra vez sin otro destino que seguir allí, sudando unos contra otros, entonando canciones de moda.

-Vamos al Jorón, vamos al Jorón. . para que Eugenia lo conozca.-sugiere entusiasmada Teresa.

-Yo no tengo plata. . . .

-Yo tampoco. . . .

-Yo tengo dos dólares. . . .

-Yo pongo uno.

-Nosotras no tomamos más que soda.

-Vamos, vamos.

-Una cerveza y nada mas.

-Pero alguien que ponga discos para bailar un ratito. . . .

-Yo pongo los discos.

-Tú no porque sólo sabes tus boleros de enamorado. . . .

-¿Y tú? Puro roc-and-rol que no sabes ni bailar. . .

-Mejor nos vamos para la casa porque tengo que devolver el carro temprano. . . .

-Pero si solamente son las nueve, qué va, ni siquiera son la nueve.

-Ya nos prometieron así es que vamos. . . .

A la entrada del pueblo está el Jorón. Desde lejos se ve el letrero blanco en la noche oscura. El Jorón Montuno. Cerveza Balboa. Bar y Restaurante. Abierto 24 horas. Servicio esmerado. Bienvenidos. Cerveza Atlas, la que el panameño escogió. Canada Dry. Es un amplio piso de mosaicos cubierto por una estructura de pencas con paredes del mismo material. Las luces fluorescentes iluminan las mesas del amplio local con el bar al fondo. No hay mucha gente y los muchachos se sientan cerca del aparato de música. El traganíquel multicolor, último modelo de la ciencia electrónica. Discos a real, a dos reales, a sies por cinco reales. Música de todas las razas, de todos los Continentes, de todos los tiempos.

Las muchachas se aglomeran frente al aparato. Daniel y Dick se quedan en la mesa y ordenan bebidas.

-Dos botellas de cerveza y tres sodas. . .

-¿Cuántos vasos?

-Siete vasos. . .Y pónles un poco de hielo. . . .

-La cerveza está bien fría. . . .

-No importa, a mí me gusta con hielo. . . .

El salonero se va y regresa con el pedido que coloca sobre la mesa.

-Un dólar cincuenta y cinco. . . .

Ambos colocan un dólar cada uno y el salonero les dá el vuelto sin esperar siquiera propina. Estos tienen cara de estar mas limpios (24) que yo, piensa.

Eugenia y Delia bailan con Marcos y Ernesto. Teresa se acerca a la mesa confiando en que Dick se levantará a bailar pero termina por sentarse cuando éste enciende un cigarrillo.

-Qué calor, pásame mi soda. . . .

-¿Te gusta el Jorón? -pregunta Daniel a Dick.

-Tiene música moderna. . . .

-Debes aburrirte bastante por estos lados, ¿no? Por acá todas las muchachas piensan en casarse.

-Ajo, Ya tenías que meternos en el baile. . . .
-dice Teresa riéndose.

-Y tú, ¿no piensas en casarte?

-A veces, pero creo que no lo haré hasta tener un título. . . .

-Ahora uno sin un título no vale nada, ¿no te parece?. . . .

-Sí, sí, un título. . . .

-Ay no, si se van a poner serios no vamos a divertirnos. . . .

-Si no tienes plata, tienes que tener un título. . . o meterte a político. Ustedes no tienen esos problemas pero nosotros sí. ¿Qué opinas tú? Me gustaría saber qué piensas de nosotros.de los panameños digo.

-Yo tengo muy poco tiempo aquí, además como extranjero no debo meterme en esas cosas. Claro que con un título las cosas deben ser mas fáciles.

-¿Y en tu país también?

-Claro, en todo el mundo

-Pero cuando se es gringo se puede ir a otro país. Eso es un título en la mayoría de los países latinoamericanos.

-Yo no creo. Quizá en algunos lados, quizá para algunos gringos como ustedes nos llaman, pero no creas que para todos.

-Vamos, vamos, no seas modesto. . . Fíjate en la Zona del Canal. . .

-Ven Dick, vamos a bailar; ya éste va a comenzar con su política.

Dick se encoge de hombros, sonríe y se deja llevar por Teresa al grupo de los bailarines. La música termina y Eugenia se va a sentar con Daniel; los otros vuelven al traganíquel para poner más discos, pero deciden tomar sus refrescos antes y con los vasos en las manos vuelven a la magia de colores del aparato.

-¿Qué te pasa, no quieres bailar?

-No tengo ganas. ¿Te diviertes?

-Tú sabes cómo me gusta bailar. Marcos baila divinamente. . . .

-Baila con el gringo. . . .

-¿Y eso para qué? ¿Tú no quieres bailar?

-Quisiera irme mañana mismo.

-¿Qué te pasa? Estoy por creer que te molesta que Dick baile con Teresa. Pues puedes quedarte con tu Teresa cuando quieras. Yo sí voy a bailar. . . .

La melodía vuelve a inundar el salón; los muchachos dejan sus vasos en la mesa y regresan a los saltos

del ritmo moderno. Ahora todos bailan en una rueda quemando energías.

Daniel termina la cerveza y levantándose les dice: —Bueno, bueno, terminen que ya nos vamos.... Recuerden que sólo vinimos por un rato y ya la plata se acabó. Yo quiero dormir temprano y todavía tengo que regresarle el carro a mi tío.

Las protestas abundan. El único que apoya a Daniel es Dick Lombard.

—Yo creo que Daniel tiene razón. Además yo tengo que caminar bastante hasta mi casa y mañana tengo que trabajar con Tomás que me pidió que lo ayudara.

—Parecen dos viejos. . . Faltan todavía dos discos. . . .

—Sí, sí, apenas terminen esos discos nos vamos. . . . Ven Daniel, baila conmigo. . . .

Daniel no durmió bien esa noche. Le torturaba la presencia de Lombard en esos territorios; se imaginaba a Teresa besándolo y apretándose contra el gringo. Quién sabe qué le estaría diciendo a los campesinos. En el Instituto había discutido una vez sobre la infiltración de estos "cuerpos de paz". No eran más que espías que venían a engatusar a los pobres manutos (25). No estaban contentos con haberse cogido el Canal, ahora querían dominar también el campo panameño.

En la mañana se despertó temprano y se fue hasta la huerta de los Galván. Sólo, recorrió el sendero hasta el rancho gozando el sol matinal. Recordaba sonriendo cada recodo del camino. La brisa meciendo los virulíes (26), el tramo seco y pelado, el golpe de olor a yerba y a bosta, todo le agitaba la mente trayéndole memorias de una niñez perdida en la inocencia. Cuánto tiempo había pasado. Por aquí había fumado su primer cigarrillo. Mas allá se había picado de ortigas.

Juan Ramón estaba ensillando el caballo cuando llegó Daniel. En la vieja mesa Dick Lombard tomaba

café con Tomás; ambos se sorprendieron con la visita de Daniel quien se ofreció a acompañarles. Poco después se encaminaban hacia la tomatara. Tomás en el caballo y Dick con Daniel atrás.

Conversaron un rato sobre generalidades y se fueron quedando atrás mientras el viejo caballo se alejaba con Tomás en la montura.

- ¿Cuándo vas a Panamá?

-No sé, quizá la otra semana. . . .

- ¿No te molesta este sol?

-Al comienzo sí, pero ya parece que me he acostumbrado. . .

-Todos los extranjeros que conozco se quejan del calor nuestro. Yo no he viajado pero me han dicho que en verano hace mas calor en tu país que por acá. . . .

-En mi ciudad el verano también es muy fuerte, pero el sol no quema tanto como aquí. Y cuando molesta mucho nos vamos para la montaña donde siempre hay fresco.

-Dicen que ustedes vienen acá a acabar con los comunistas. . . .

-Eso dicen, pero no me considero así. . . .

-Dicen que el comunismo es el verdadero enemigo nuestro. . .

-Yo no sé. Yo sé que no soy comunista. . . .

-Entonces eres anticomunista. . . .

-Quizá. Yo solamente soy norteamericano. . .
Un yanqui, como dicen ustedes. . . .

-Bueno, ¿y para ser buen yanqui no hay que ser buen anticomunista?

-Hay muchos yanquis que son comunistas. . . .

- ¿ Tú crees que Tomás pueda ser comunista?

-Tomás, ¿ Por qué Tomás?

-Si quieres ayudarlo debe ser para que no se vuelva comunista. .

-No sé por qué Tomás deba volverse comunista. . .
Tú eres comunista?

- ¿ Yo? No. ¿ Quieres que te sea franco?

-Como quieras. . . .

-Yo soy antiyanqui. O mejor dicho, soy buen panameño. . . .

-Bueno, yo soy buen yanqui y no soy antipanameño. . . . -Claro, ustedes todos dicen que son amigos nuestros. . . .

- ¿ Y por qué no? ¿ Por qué no podemos ser amigos?

-Yo a mis amigos los respeto, no los obligo a andar conmigo.

-Pero tú andas con tus amigos, ¿ no?

-Sí, pero soy yo el que decido quiénes son mis amigos. . . .

-Y si alguien te ofrece su amistad, ¿ no la aceptas?

-Cualquiera puede ofrecerme su amistad, pero no va a decidir quiénes más puedan ser mis amigos. . .

-A veces un consejo evita muchos dolores de cabeza. . . .

-Y otras veces lo lleva a uno al barranco. . . .

-¿ Al barranco?

-Al desastre, como el Tratado del Canal. . . .

-Eso fue un error. Poco a poco se ha ido corrigiendo. . . .

-Sí, ahora quieren poner bases en toda la República. . . .

-Los comunistas las habrían puesto sin preguntarle a ustedes su opinión.

-Eso es lo que dicen siempre: los comunistas, los comunistas . . . vienen los comunistas y tienen que darnos bases para defenderlos de los comunistas. Ya estamos muy viejos para ese cuento. . . .

-¿Tú no lees los periódicos?

-¿Los periódicos? Si los periódicos son de ustedes. . . . Por qué no dejan leer los periódicos de los otros?

-Eso es problema de ustedes. . . . Si la mayoría quisiera leer los periódicos comunistas yo creo que el Gobierno tendría que aceptarlo. . . . En Estados Unidos hay periódicos comunistas. . .

-Sí, pero ustedes dicen que nosotros no estamos suficientemente preparados para leerlos y que seríamos víctimas de su propaganda. . .

-Te repito que ese es problema de ustedes. . .

-Claro, pero no podemos resolverlos mientras ustedes estén aquí. . . .

-Yo no sé. . . . Tú crees que estoy equivocado viviendo aquí, entre panameños?

-Depende de lo que hagas aquí. . . .

-El Cuerpo de Paz es una organización de jóvenes dedicada a conocer a nuestros hermanos y darles a conocer nuestra realidad. Queremos saber cómo viven ustedes de verdad y que ustedes sepan cómo somos. . . .

-Eso es "bullshit". Perdona que te lo diga, pero creo que todos ustedes son espías.

-Esa es la dificultad principal que tenemos. Aunque cada uno de nosotros jurara por la Biblia que no es así, siempre habría quienes no nos creyeran. No podemos evitarlo, pero creemos que nuestras acciones nos justificarán. ¿Qué puedo espiarle a Tomás, por ejemplo?

-Puedes ver con quién conversa, qué piensa, qué dicen sus parientes como yo, por ejemplo, como Teresa.

-Tienes razón. También puedo enterarme si por aquí hay un movimiento comunista, si hay muchos anti-yanquis. Claro que sí, pero eso no me convierte en un espía. Creo que si la familia de tu vecino odia a tu familia tú debes preocuparte por investigar por qué la odian.

-Claro, el amor salvará a los pueblos, el odio solo produce más odio, la paz es la solución, no la guerra, todo eso lo he oído y leído hasta el cansancio, pero ¿por qué entonces no nos dejan solos? . . . Y no me digas que si nos dejan sólo de inmediato nos convertiríamos en comunistas.

-Yo creo que si no nos conocemos mejor, cada vez nos distanciaremos más. Que si no demostramos nuestra buena fe, lo único que perdurará será la mala impresión de tiempos pasados. ¿Tú crees que no reconocemos nuestros errores? ¿Nuestros crímenes? ¿Nuestros abusos? ¿Por qué vengo yo aquí, con cincuenta dólares al mes, a vivir en un cuarto, a trabajar bajo este sol, a soportar insultos? ¿No sería mejor venir en un buen carro, pasear, enamorar a las muchachas, comprar lo que me de la gana y largame a otro lado?

-Porque para eso los entrenan, para que se mezclen con la gente, para que sean buenos espías. . .

-¿Tú conoces a Betty? . . .

-¿Betty? ¿Qué Betty?

-Betty pa' la mierda.Discúlpame.

La frase tomó de sorpresa a Daniel. El relámpago de la ofensa lo nubló un segundo, pero el chiste lo dominó y soltó una gran carcajada. Sin tono de insulto contestó:

-Gringo de mierda, me jodiste. . . .

Tomás los esperaba bajo un árbol y les ofreció el caballo por si alguno quería montar un rato. Ambos lo instaron a seguir adelante.

-Pareces que estás enamorado de Teresa. . . .

-Es muy buena muchacha.

-¿Y qué, te gusta o no te gusta?

-Sí, me gusta. . .somos buenos amigos. . . .

-Vamos, vamos. . .yo creo que ella está enamorada de tí. . . .

-Es muy buena muchacha. Ella y su hermana son muy amables conmigo. . . .

-Las dos son buenas amigas mías, pero no como tú piensas.

-Cuando vayas a Panamá preséntame a una gringuita. . . .

-Cómo no, -¿No dices que eres antiyanqui?

-Estoy contra los gringos pero no contra las gringas. . . .

-A lo mejor es una espía la que te presento. . . .

-No importa. . . .Las espías no importan, son los espías los que joden.

-No comencemos otra vez con eso. . . .

-Una vez me iban a presentar a una gringa, pero cuando la ví era mas vieja que Genarina. Y fea como el diablo. Sali huyendo.

-En mi país hay de todo, como en el resto del mundo. . . .

-Naturalmente, yo he visto unas gringuitas que parten el alma. .

-A lo mejor terminas casado con una. . . .

-¿Quién ha hablado de matrimonio? ¿Tú piensas en matrimonio? ¿Es verdad que a los gringos de la Embajada no los dejan casarse con panameñas?

-No veo por qué no.

-Eso me dijo una amiga. Dice que tienen que pedir permiso por temor a que la muchacha sea alguna espía comunista. . . .

-¿Por qué piensas tanto en el comunismo?

-Yo no, te digo lo que me dijo mi amigo. . . .

-Yo no sé de eso, nunca he trabajado para el Departamento de Estado. . . .

-Tú podrías casarte con una panameña si quisieras. Sin pedir permiso?

-¿Permiso a quién?

-A quién mas va a ser, a tus jefes.

-El permiso tengo que pedírselo a la muchacha. . . .

-¿A Teresa?

-Tú estás enamorado de Teresa ¿Crees que estabas enamorado de Eugenia?

-¿De Teresa? Qué te pasa. . . ¿Por qué dices eso?

Por qué parece que te interesa mucho. . . .

-Se ve que no me conoces. Lo que no quiero es que Teresa meta la pata. . . .

-No te preocupes por mí. Respeto a Teresa, como a toda su familia. . . . Y eso no lo aprendí en el Cuerpo de Paz. . . .

-Discúlpame pero siempre me acuerdo del montón de muchachas panameñas metidas en los bares puteando con los gringos. . . .

-Tienes razón, pero ¿cómo evitarlo?

-Te voy a contar una cosa: una vez nos metimos a un bar y correteamos a un poco de muchachas que estaban allí tratando de conquistar a los gringos. ¿Tú sabes qué pasó? Al día siguiente las madres de ellas fueron al colegio a acusarnos. Casi nos botan del Instituto. . . .

-Quizá no tengan otra manera de ganarse la vida. . .

-¿Y por eso tienen que ir a putear con los gringos?

-Con los gringos, con los gringos. . . No tiene importancia con quién puteen. Lo importante es que no puteen. . . .

-Pero si no estuvieran los gringos quizá no putearían. Son los gringos los que les pagan bien, los que les prometen matrimonio, los que les compran cosas en los Comisariatos. Y las madres las explotan con la esperanza de que se casen con un gringo. Para mejorar la raza dicen algunas. . .

-Si cerraran las cantinas. . . .

-¿Cerrar las cantinas? . . . Se caería el Gobier-

no, Dick. . . .se cae el Gobierno si cierran las cantinas. . . .

-Esa es la excusa de ustedes. . . .Por qué en lugar de corretear a esas muchachas no piquetean las cantinas? En los días que estuve en Panamá, una de las cosas que más me impresionó fue la cantidad de cantinas en los barrios pobres. Y esas cantinas no las pusieron allí los gringos. . ¿Por qué no luchan contra eso?

-¿Y a dónde irán los panameños a pasar un rato?

-Las bibliotecas están vacías. . . .

-Las bibliotecas no son para divertirse. Lo que necesitamos son lugares donde el panameño y su familia puedan ir a divertirse un rato, o un día entero. . . . Como tienen ustedes en Summit (27) Nosotros solamente tenemos las cantinas. . . .Quizá por eso es que no cierran.

-Excusas, puras excusas.

-Y tú, ¿por qué no inicias una campaña así?

-Porque yo soy un espía del Cuerpo de Paz.

-Claro, los espías son para otras vainas. . . .

-¿Te molesta que te diga estas cosas?

-Sí, me molesta.

-Olvídalo.

La tomatera está a la vista. Ya Tomás ha desmontado y descuelga el machete y la coa. El huerto se abre cuarteado en pequeñas parcelas. Una variedad de estacas sostienen las pequeñas plantas que comienzan a florecer. A un lado los semilleros brotan uniformes y ya hay que apuntalar las matas para que el viento y la lluvia no las tumben; pronto las transplantarán y florearán

también si se las cuida, si el sol no las mata, si la lluvia no las pudre.

Cómo cansa este trabajo. Si se hace de pié, hay que inclinar el cuerpo a mas de 90 grados; si se hace en cuclillas son las piernas las que protestan primero. El gringo parece no cansarse, piensa Daniel. Sólo él parece querer reventar, pero no cejará. El sudor cae sobre las mata y le empapa la espalda. Cómo caería bien una cerveza. Este Tomás tiene coraje. Seguro que no ha traído ni agua. Qué diablos, mañana se irá para la capital aunque Eugenia se quede. Se dedicará a estudiar aunque los muchachos quieran reunirse. Si lo vieran ahora. Seguro que vendrán a buscarlo a la huerta. . . . Ténfa tiempo que no trabajaba tanto. ¿Será espía de verdad este Dick? Bah, todos los gringos del Cuerpo de Paz no son mas que espías. . . . Hay que acabarlos a todos, aunque tengan razón en algunas vainas que dicen. Así mismo quizá engañaron a nuestros antepasados. . . . Buenos consejos. . . Déjennos solos y verán cómo componemos todas nuestras vainas.

XXXXXXX

-Mejor es esperarlo acá. Yo no voy a ir caminando hasta la huerta. Además, a lo mejor se ha ido de allí.- Teresa está discutiendo con los muchachos si ir o no a buscar a Daniel.

-Bueno, si ustedes no quieren ir, entonces nos veremos mas tarde. Yo voy a ayudar a mamá en la tienda. Si viene le dicees que se pase por allá.- interviene Marcos despidiéndose.

-Fijo que se ha ido a discutir con Dick. Ese Daniel no se puede quedar tranquilo cuando se trata de gringos. Fijo que están discutiendo de política.

-A tí te gusta bastante Dick, ¿verdad? El gringuito es muy simpático.

—Ay niña, Dick ha salido varias veces conmigo pero de allí no ha pasado la cosa. Yo también lo encuentro simpático pero no sé... A veces es tan raro....

—No te aleles; si estás enamorada de él, trata de conquistarlo. Uno no debe dormirse porque los años van pasando. Pero tú estás muy joven todavía, así es que diviértete primero....

—¿Tú crees?

—Para casarse siempre hay tiempo. Después no te puedes divertir como ahora. Mira yo, aprovecho toda oportunidad porque, por mas moderna que seas, cuando vienen los hijos todo cambia. Tú no piensas en los hijos?

—Ay Eugenia, no quiero ni pensarlo.. Pero si me quedo aquí quizá sea mi único futuro. Quisiera irme para la Capital te digo.¿Por qué no le hablas a papá? Quizá tú y Daniel lo convenzan....Prométemelo.....

—¿Yo? pero si apenas lo conozco, además, quien sabe qué piensen de mí.¿Por qué no le hablas a Daniel? Si quieres yo le digo que le hable a tú papá.....

—Este año termino en el Colegio. Si voy a Panamá me imagino que tendré que trabajar porque la situación nuestra no es muy buena. Tú comprendes.....

—Eso no es problema. Lo importante es que te dejen ir...Quizá podrías vivir en mi casa, pero eso tendrías que hablarlo con mamá, aunque no creo que se oponga. Seguro que tu viejo querrá que vivas en casa de familia.....

—Prométeme que le hablarás a Daniel, prométemelo. No sabes cuánto me gustaría vivir con ustedes en Panamá.....

—¿Y Dick?

—Ya te dije que eso no es nada serio. Si de verdad le intereso, pues que se venga para Panamá..... Ya me veo allá.....

-¿Y Delia?...

-A Delia le faltan dos años mas. Mientras tanto yo puedo acomodarme en la capital para cuando ella pueda ir...

-Me gustarfa de verdad que estuvieras allá... Serfas una buena amiga....

-Una vez le hablé a papá de seguir estudiando en la capital pero me contestó que no se podía...Yo creo que si trabajo puedo mantenerme y estudiar... Quizá hasta ayudar a los viejos, ¿no crees?...

-Quizá...aunque no creas que todo es tan fácil como parece....

-No importa...Ya este pueblo me tiene aburrida y cada día que pasa me parece que no voy a salir nunca de aquí....

-Bueno, de todos modos, como ahora tienes vacaciones, si quieres puedes ir unos días a mi casa. Yo te invito, aunque sea por estos días nada mas....

Delia llegó de la tienda adonde había acompañado a los muchachos. Traía unos comestibles y se dirigió a la cocina donde la abuela preparaba el almuerzo. Al momento estaba de vuelta junto a Teresa y a Eugenia.

-Dice Marcos que Daniel quiere irse hoy mismo...

-Así dijo anoche...Yo no veo cuál es el apuro...

-Nada de eso, se quedan hasta mañana...

-Yo quiero quedarme, pero si Daniel insiste tendré que irme porque no quiero viajar sola en esas camionetas.

Con la ayuda de Daniel y de Dick, Tomás ha terminado temprano la faena. El regreso lo hacen silenciosos, cruzando escasas frases a determinados pasos del camino. El trabajo parece haberles agotado el ánimo.

El gringo piensa en la conversación con Daniel. Un sexto sentido le dice que lo del estudiante no es simple antiyanquismo. Algo más debe haber en ese rencor. Pero considera mejor no tocar otra vez el tema. Quizá esta noche en el pueblo, o mañana. Quizá será mejor no demostrar interés. Este rencor no puede nacer simplemente. Daniel es interiorano. ¿Por qué los muchachos del Interior han de odiar a los gringos? Los de la capital talvéz, pero éstos que han nacido, que se han criado, que casi se han hecho hombres por acá, ¿también? Algo más debe haber. Por algo será Secretario General de los Estudiantes. Deberá averiguar las amistades de Daniel. Daniel Morán. Debe anotar ese nombre y el del padre también. Anteriormente no le había dado importancia al modesto Licenciado Morán. Nada hacía suponer en él proclividades extremistas; pero nada debe pasarse por alto. Quizá en la oficina de Panamá conozcan bien a Daniel Morán, aunque solamente tenga unos meses de ser Secretario General, según le ha confiado. El muchacho parecía bastante interesado en Teresa. Quizá ella podría tener su confianza. Valga la pena seguir cultivando la amistad de Teresa. Hasta sería bueno enamorarla.

En el rancho se encontraba Ernesto. Genarina los invita a todos a almorzar. Como Daniel no quiere permanecer un momento más al lado de Dick, se despide y sale a la carretera con Ernesto que había llevado una bicicleta. Deciden caminar hasta el pueblo y en el camino Daniel le cuenta la discusión que tuvo con el miembro del Cuerpo de Paz.

-No le digas nada a Marcos. Tú sabes cómo es de charlatán y seguro que se lo cuenta a las muchachas.

- ¿Tú crees que Dick sea un espía de verdad?

-Estoy seguro. Debemos tener cuidado con lo que hablamos delante de él.

-Y Teresa ¿Vamos a dejar que siga enamorando a Teresa?

-¿A Teresa? Yo no creo que Teresa le haga mucho caso. . . .

-Pues yo creo que sí. . ¿No viste cómo bailaba con él anoche?

-Esas son cosas de muchachas que quieren divertirse. De todos modos ella no sabe nada de lo nuestro. . . .

-¿Y Eugenia no le habrá dicho nada?

-Eugenia no sabe mierda.

-Bueno, como siempre anda contigo.

-Ya te he dicho: uno tiene que andar con las mujeres, pero no meterlas en los asuntos de los hombres. Apréndete eso de una vez.

-Está bien, está bien, no te pongas bravo. Yo simplemente lo decía por si acaso. . . .

-Conmigo no hay por si acaso. . . Ya lo debías saber bien. . . .

-Se ve que el sol te está pegando fuerte.

-No es el sol. Es ese gringo hipócrita que cree que me ha convencido hablándome de nuestras faltas. . . .

-Todo el mundo quiere hablarnos de nuestras faltas. Lo que tienen es que dejarnos sólo, como tú dices. . . .

-Claro, claro, si nos dejaran sólo ya tendríamos arreglado nuestro problema, pero no nos quieren soltar. Esa es la vaina; nos dicen que nos lavemos la cara pero

nos agarran la cabeza para que no podamos meterla en el agua. Que nos dejen solos y verán un pueblo berraco.

-¿Pero tú crees que algún día nos dejarán solos?

-Mira Ernesto, ningún dueño quiere dejar a su esclavo solo. Es el esclavo quien tiene que soltarse, liberarse.....A veces, y no me lo creerás pero es así, es el mismo esclavo el que no quiere liberarse. Prefiere ser esclavo aunque lo oigas gritar y protestar quejándose. . . .Somos nosotros mismos los que tenemos que liberarnos, y en la lucha, acabar primero con los que quieren seguir siendo esclavos. . . .Esos son peores enemigos que los dueños mismos. . . .

-Cómo puede ser eso? ¿Cómo puede uno preferir ser esclavo a ser libre?

-No has leído los folletos que te di? ¿Qué te pasa? ¿No estudias? ¿No sabes que hay hombres que le huyen a la responsabilidad, al deber, a todas esas obligaciones que trae la libertad? Si quieres seguir con nosotros tienes que estudiar todos los días. . . .

-He leído todo eso, pero todavía no comprendo cómo hay tipos así. Que no vean, que no entiendan, que la única manera de vivir es no teniendo amos. . .

-Tienes razón, es difícil de entender. . .pero es así. Afortunadamente nuestra generación está cambiando. . . .

-¿Y tú no crees que tipos como Dick cambiarán también?

-No seas bobo, eso no tienen que cambiar. Pertenecen al grupo de los amos. Somos nosotros, los esclavos, los que tenemos que cambiar.

-Tienes razón. . . ¿Quieres montar la bicicleta?

Los viejos convinieron en que Teresa pasara unos días en la Capital aprovechando el resto de la semana de vacaciones. No hubo tiempo para preparar ropa nueva porque Daniel quiso partir al día siguiente. Tampoco había plata pero del fondo de alguna vasija salieron unos cuantos dólares para el viaje de regreso y para que "comprara algo". Delia quería ir también, pero tuvo que conformarse con una promesa. El próximo año iría seguro.

La mañana comenzó nublada pues había llovido bastante al amanecer. Pero el día en lugar de triste parecía remozado con el riego matinal. En el portal se reunió la parentela que se disgregó casi inmediatamente después de la partida de la camioneta. Delia se metió en su cuarto y lloró un poco. Los viejos se separaron, él a su banqueta y a sus cueros, ella a limpiar los restos del desayuno.

Desde el pueblo hasta Divisa son unos treinta minutos. Teresa conocía ese tramo porque algunas veces iba a reuniones o bailes del Instituto de Agricultura. Otra vez había ido hasta Santiago. El camino comienza entre piñolares, cruza pequeños cerros. A la izquierda, a nivel de los hombros caídos, se extienden pequeñas sabanas. A la derecha, bajos que alternan sembrados y potreros. El monte no se acerca a la carretera. La maleza se queda bordeando los charcos y alguna que otra vfa de agua.

Hatos de ganado cruzan la carretera o pastan en lontananza hasta que el camino da vuelta, o se empina sobre algún cerro y entonces desaparecen y sólo queda el olor. Los pueblos pasan, siempre con sus viejas casas carcomidas, con las tejas negreándose, las paredes descalizándose. Los muchachos juegan en los portales mientras algún adulto lee un viejo folletín. Las sillas con dos patas en el piso y el espaldar recostado a la pared. Los alambres de la luz eléctrica como largas cuerdas de pescar con bombillos como anzuelos.

Los postes del alumbrado público, largos y flacos. El eterno edificio blanco con su carro de bomberos esperando un lejano fuego que ocurrirá en algún lejano rancho de maravillas. Los bomberos del pueblo, bomberos de ilusión azul, voluntarios de una guerra que ya pasó, héroes de desfiles que pasan generación tras generación. La cantina, de donde siempre parece estar saliendo un campesino. Pueblos de la vera, tubos escleróticos por donde sale la sangre del campo. Queso fresco a 40 la libra. Huevos de hoy. Vendemos Miel Pura de Abeja. Duros y Chorizos. Viva el Panameñismo. Samudio Presidente. Un Diputado del Pueblo. Liberación. El Club de Rotarios de Palmas Viejas le da la Bienvenida. Nuestros Hijos Quieren Vivir, no los mate con su carro. Cuandomaneje No Tome, Cuando Tome no Maneje (28). De repente, ante una de las casuchas, un Cadillac último modelo, reluciente, poderoso. Es un viejo ganadero o un explotador del juego clandestino.

Todavía los puentes son estrechos. El río mayor es atravesado cuidadosamente sobre un piso de madera que cruje y resbala. El contratista cobró por hacer uno ancho, de concreto. Poco después termina Azuero.

Los tanques de agua del Instituto Nacional de Agricultura anuncian la bifurcación de las carreteras. En los terrenos se observa a veces un enjambre de muchachos aprendiendo los secretos de la tierra y de los animales. Otras veces la única actividad se genera en la garita de Policía donde se controla el tránsito de carros y personas. Del negro camino se pasa a la blanca vía de cemento. Rumbo a Panamá. Teresa acaba de pasar la aduana de sus emociones. Ahora sí es verdad que entrará a Panamá.

El monte asoma su cara en las lomas quemadas por la erosión. A la derecha comienzan las sabanas, pero a la izquierda el monte es contenido por montañas cada vez mas grandes.

La camioneta va llena de pasajeros. El sol arrecia. Los nubarrones de la península ya no protegen y sólo la velocidad del vehículo causa una corriente de aire re-

frescante. El viento vuela los cabellos de Teresa pero no importa. Ya tendrá tiempo de peinarse. Santa Rosa. Una carreta de caña y un tanque de petróleo. La cinta de concreto parece un río de plomo. Aguadulce. Club de Leones. Bienvenido. Monte y sabana. Mocambo. Cerveza bien fría. Diviértase. Monte y sabana. Monte y sabana. Y Aguadulce? Quedó adentro, moliendo a sus indios y sus cañaverales. Hotel Interamericano. Aire Acondicionado. Bar-Restaurante. Jorón Balboa. Cerveza Bien Fría. Baile este Sábado con la Orquesta Internacional Alegría (28).

-No vamos a parar hasta Antón, así es que si alguien necesita algo antes que avise.- grita el chofer inclinado sobre el timón.

-El que se esté orinando que diga-grita otro pasajero desde un rincón y suelta una carcajada. La risa quiebra la pesadez del interior de la camioneta y al mismo tiempo parece inhibir a los demás que, riendo, hacen protestas de aguantar hasta Antón. Nadie quiere orinar sólo.

Unos árboles de bambú dan un aspecto oriental al nuevo tramo de la provincia coclesana. El humo de una chimenea anuncia el ingenio de azúcar, donde el caldero cuece miles de litros de jugo de caña y sudor de gente. San Cristóbal, la novela de Jurado, asoma en la mente de Teresa. Natá, tomate y leche. Pronto Natá se tragará toda la producción de Tomás y de todos los Tomás de Azuero. El fruto de la planta que regó Daniel quedará triturado, convertido en pulpa, en pasta, en salsa, en jugo, en nada, rumbo a un intestino desconocido. Natá. Natá de los Caballeros. La Iglesia más antigua del Continente. Gaspar de Espinosa. Negros de la Colonia. Indios quemados por los arcabuces y comidos por los perros. Ahora visten Panabrisa y toman Ron Cortéz, "que bueno es".

Penonomé asoma sus bombas de gasolina, su venta de queso y sus nuevas residencias al borde de la Interamericana. Restaurante-Chop Suey. Agencia de la Caja de Seguro Social. Hospital General. Y nuevamente el mon-

te, pero ahora ya no es verde sino amarillo. Nadie quiere sembrar en estos terrenos.

-Bueno, pronto estaremos en Antón, así es que vayan estirando las piernas. Sólo pararemos unos minutos para coger agua y tomar alguna soda.

Como moscas girando sin meta definida, así se ven las bandadas de muchachos bordeando la estación de gasolina y la garita de la policía en Antón. En la garita hay más, pues allí la parada es forzosa, mientras que en la estación de combustible el motorista para solamente por alguna necesidad. Pero para ambos hay suficientes muchachos. No bien se ha detenido el vehículo cuando las manos morenas y pequeñas introducen sus paquetes de manjar blanco, bienmesabe, pastelitos, tamalitos, pan de huevo, etc. Todo producto de la industria antonera.

La molestia es mínima y la oportunidad buena para adquirir un producto con sabor nacional. Diez kilómetros mas adelante, o diez kilómetros mas atrás, raro es el producto auténtico nacional que se le ofrezca. Una pereza homérica domina a la familia interiorana. La pequeña industria, la industria casera, parece humillante a los actuales núcleos familiares. Solamente en Antón se siente la vitalidad del que tiene algo que ofrecer hecho por sí mismo.

Teresa, Daniel y Eugenia han entrado al pequeño restaurante y se toman una chicha. No tienen hambre pero compran unos pastelitos para el camino. Eugenia aprovecha el teléfono de Microondas (29) para llamar a su casa y avisar que llegará con una invitada.

Antón cierra otra frontera interiorana. Después de este pueblo, la carretera pareciera encogerse, angostarse, perder su libertad. Un poco mas adelante,

unabarrera invisib

una barrera invisible niega el dominio panameño sobre la tierra. Desde lejos se observa una amplia zona yerma. El letrero es asfixiante, humillante. Todo el mundo

lo pasa en silencio:

U.S. MILITARY RESERVATION
 RIO HATO HEADQUARTERS
 NO TRESSPASSING
 AIRCRAFT FLYING LOW BEWARE
 U.S. ARMY BASE
 PROHIBIDA LA ENTRADA (30)

En pleno campo coclesano, Teresa contempla la gangrena de ese letrero. Se da vuelta para preguntar qué es eso, pero la expresión de Daniel y de Eugenia le quiebra la voz. Es la vergüenza que rompe y hace temblar las carnes juveniles.

El yodo y la sal dan sabor al aire a medida que la carretera se acerca mas a la costa. Se multiplican los bohíos y las pencas cubren pequeños puestos de venta de pipas, naranjas, conchuelas, papayas. El molusco valvar se amontona mohoso y musgoso a cinco por un real. Cada vez que la carretera se empina se divisa el ancho mar. El rumor de la ola no se oye, se adivina y las paredes de la carretera se torna blancas, calizas. El monte adquiere ese aspecto de viejo que luchado demasiado para nada.

Santa Clara. Casino. Restaurante. Cerveza Fría. Cabinas. Visite Santa Clara. Otro día será. Antiguos días de oro recordará el caserón pomposamente llamado "Casino". Ahora hasta las raídas telas metálicas de las ventanas parecen pedirle al pasajero que no entre.

San Carlos. Chame. Capira. Cada vez la gente se va poniendo mas morena. Cada pueblo tiene más cantinas que el anterior. El camino se ha vuelto caprichoso. Se enrosca y se sube a la montaña. Las cruces marcan los lugares donde los accidentes automovilísticos han cobrado víctimas. Muertos del camino, con su vela, sus flores y su fecha.

De repente se comienza a bajar. Nuevos ranchos crecen a la vera de la vía con frutas de estación a la venta.